

Pero en vos son los amagos
Discretas ejecuciones;
Almas son vuestras razones
Guiadas de la prudencia;
Cada razon es sentencia
Que pronuncia vuestro labio,
Pues de lo discreto y sabio
Es la fina quinta esencia.
El talento mas perfecto
Que presume de saber
Puede de vos aprender
Rudimentos de discreto;
Que lo ceñido y selecto
De ese ingenio soberano,
Gloria del imperio hispano,
Cuando en su corte faltara
Documento le enseñara
De elocuente y cortesano.
Si vuestro ingenio sutil
La antigüedad conociera,
Veneraciones le diera
En estatuas de gentil;
Goce de un eterno abril
Esa verde adolescencia,
Que su divina prudencia
En nuestra moderna edad
Es sol que á su claridad
No halla humana competencia.

No sabia doña Isabel que don Alejandro tuviese aquella gracia mas de las que tenia, que era hacer versos, y gustó mucho de las décimas, á que respondió con este papel.

«Alabanza que sobra al sugeto por quien se dice es agravio suyo, y descrédito de quien lo escribe, pues el sugeto ponderado, juzgándose ajeno de tanto honor, atribuye el elogio á vituperio, y la alabanza á sátira dicha por ironía; ni me desvanezco tanto que no conozca lisonjas, ni me tengo en tan poco que no se me deba algo de lo escrito; con lo ajustado me obligáredes, si con lo excesivo me ofendeis, con las pocas experiencias que tengo de vuestra condicion y trato; no me persuado á creer de los versos, si bien celo ó demasiado cumplimiento os los han dictado; el tiempo me ha de asegurar de la verdad; con él espero, ó dar-me por agradecida, ó sentirme por injuriada.»

Tuvo modo la hermosa doña Isabel para que este papel viniese á las manos de su nuevo apasionado don Alejandro, el cual quiso satisfacer á la propuesta queja de su dama con hacer esperar al portador y escribirle este:

«La corta alabanza vuestra fuera el mayor descrédito mío, si lo que me sobra de amor no supiera las faltas de lo poeta; mas por no incurrir en otro delito como dese, quiero que la prosa explique lo que la ruda vena no puede, suplicándoos que no con capa de desconfiada discreta acuseis mis necios afectos, que si no igualaron á sugeto tan del cielo, ha sido por lo que tienen tan de la tierra, que no se remontaron donde su dueño coloca sus bien dirigidos pensamientos. Bien merezco crédito en lo que digo, si conocéis lo que siento; y cuando lo queráis ignorar por vuestro recato, no podeis consultándoos al espejo, conociendo que entre muchas victorias que ganeis de vuestros rendidos, soy yo un corto trofeo de esta beldad y un humilde cautivo de vuestra pasion. Remito á que el exámen de vstra experiencia acredite estas verdades, y que de ellas

conozcais que os aclamarán dueño mio todo el tiempo que viviere, para que agradecida pagueis buenos deseos, asegurada de no conocer jamás agravios.»

Con este papel comenzó la hermosa doña Isabel á tener un poco de mas satisfaccion de don Alejandro, facilitándole el ser escogido entre dos amigos suyos. Fueron continuando las vistas y menudeando los papeles, con que este amor iba subiendo de punto entre los dos amantes, encargándole mucho la dama el secreto en el galanteo, cosa que obedecia don Alejandro con mucha puntualidad. Era algo extremada en esto doña Isabel; de suerte que si en algun templo veia ser mirada de su galan, y entonces estaba acompañado de algun amigo, lo que los dos hablaban juzgaba ser en ofensa suya, revelándole su empleo; y así se lo decia ó escribia con tanta certeza como si lo hubiera oido. Llevaba don Alejandro esto con mucha cordura, satisfaciendo sus quejas con la verdad y aplacando su ira, que donde hay amor mayores imposibles se vencen. La mira que llevaba don Alejandro era casarse con esta dama, si bien no tenia hacienda; mas dilataba el hacerlo, deseando salir con una pretension de una encomienda que pedia por sus servicios y los de su tio en Flándes, y esta dilacion que hizo en esto le estuvo despues bien, como se dirá adelante.

Sucedió pues que todos los recatos que la dama tenia, de que no frecuentase pasear su calle, mirar á sus ventanas ni acudir de noche á hablarla, sino á deshora, dándole ya entrada en su casa, sin exceder de lo que lícitamente se permite, ella misma los profanó de esta suerte. El tiempo de Carnestolendas se celebra en Valencia mucho con máscaras, disfraces, torneos y saras; habiárase hecho algunos, donde con disimulo don Alejandro y su dama se hablaron, ofreciéndose danzar juntos y en los acompañamientos que resultan á la salida de estas fiestas. Una se hacia de junta de damas, en casa de una amiga de doña Isabel, adonde fué convidada con otras damas, y asimismo don Alejandro con otros caballeros; no habia sarao, sino esta junta era para juegos entretenidos y bailes alegres. Fué la primera á esta fiesta doña Isabel, algo temprano, y dentro de poco espacio acudió tambien allí otra dama muy bizarra, que envió su madre, acompañada de dos escuderos de su casa, haciendo fiel confianza de enviársela á aquella señora donde se hacia la fiesta, por ser muy amiga suya y vecina del barrio. Las dos pues estaban cuando acertó don Alejandro á venir tambien temprano y solo por aviso que le dió su dama de que así lo hiciese; recibieronle las damas muy gustosas, y él comenzó á entretenerlas mientras venian mas señoras con sazoados chistes y alegres cuentos del tiempo.

La dama que habia venido allí, vecina de aquel barrio, levantóse á ver una labor de cañamazo de un tapete que cubria un bufete, donde estaban dos bujías alumbrando, y celebrando el buen gusto de los matices y lo nuevo de la labor, hizo levantar á don Alejandro á verla; habia en el bufete recaco de escribir, y esta dama, cuyo nombre era Laudomia, se comenzó á

entretener con la pluma en el blanco papel, haciendo algunos airosos rasgos, que escribia con lindo aire. Llegóse don Alejandro á ver lo que hacia, y celebró en ella aquella gracia con alguna exageracion, cosa que oyó su dama, no teniendo pocos celos, así de verle tan cerca de doña Laudomia, como de que celebrase lo bien que escribia; tenia con ella este caballero algun conocimiento por un hermano suyo. Era don Alejandro algo burlon; pues como la viese ocupada en probar la pluma, por burlarla sacóse la hacia arriba de la mano, con que participó su blancura, que la tenia muy grande, de lo negro de la tinta. Ella, sintiendo la burla, con una palmada que le dió en un brazo se limpió de lo teñido de la pluma, afeándole de camino al burlon caballero su accion; á que él respondió que nunca menos lució la tinta que en sus manos, gracia dicha por ironía, por tenerlas, como se ha dicho, muy blancas; ella, ofendida de la socarroneria, le volvió á dar otra palmada en las espaldas. Doña Isabel, que mas atendia á esto que á lo que hablaba con la señora de casa, encendida en rabiosos celos, se levantó del estrado donde estaba, y yéndose para don Alejandro, sin advertir lo que hacia ni la nota que daba, alzó la mano, y cogiéndole descuidado, le dió un gran bofetón en el rostro con tanta fuerza, que le hizo salir sangre de las narices, y con ella manchar el cuello. El, viendo tan intempestivo suceso, lo que hizo fué sacar un lienzo, y limpiándose la sangre, decir á su dama: No soy yo quien revela secretos tan apriesa; este ha durado lo que usted ha querido; y con esto, haciendo una reverencia, se bajó por la escalera y se fué á su casa.

Apenas doña Isabel ejecutó el impulso de su celosa cólera, cuando la pesó extrañamente de lo que habia hecho, no tanto por la señora de la casa, que era íntima amiga suya, cuanto por la que fué causa de su cólera y celos. A este tiempo vinieron unas hermanas de la que hacia aquella fiesta, con cuya venida la pesarosa doña Isabel se retiró con su amiga á un aposento, donde viéndose solas, dijo muy admirada: ¿Qué ha sido esto, señora doña Isabel? Nunca tal imaginara de vuestro recato y modestia; vuestra accion me ha dicho en breve término lo que en mucho no me podíades vos decir: yo ignoraba este empleo que me habeis celado; y así, mas debo á vuestros celos que á vuestra amistad. ¿Es verdad que os sirve don Alejandro? Que me holgaré con extremo. No la podia responder doña Isabel con la pena que tenia y las lágrimas que bañaban su hermoso rostro; mas despues de algun espacio, lo que la dijo fué: Ya que mi necia cólera y desatinados celos os han manifestado lo que yo no he hecho, solo os digo que me sirve don Alejandro con fina voluntad, y yo se la pago con otra tan grande; nunca le vi tan desmandado á burlarse; irrilóme la llaneza que tuvo con doña Laudomia; los celos son desatinados, y ellos han publicado mi amor con tan celerada accion. Pues vamos al remedio, dijo la amiga, que no es justo que don Alejandro no vuelva á esta fiesta, para dar que notar á doña Laudomia que queda sospechosa de vos. ¿Cómo lo harémos?

dijo la celosa dama. Fácilmente, replicó la amiga, con que le escribais un papel. Trajeron recaudo, y dona Isabel le escribió estos renglones:

«Efectos de amor y celos, aunque manifiesten rigor, no son agravios en el amante, sino favores; mas he hecho yo en aventurar el recato, que vos haréis en perder el enojo. Importa á mi reputacion que volvais luego á la fiesta, sin muestra de sentimiento, si no queréis que de hacer lo contrario le tenga yo tal, que por él me vengais á perder.»

Este papel llevó con diligencia un criado á casa de don Alejandro, donde le halló mudándose otro cuello para volver á la fiesta; holgóse con el papel, porque nada como los celos descubren los quilates de la voluntad; y así, luego obedeció á su dama con mas presteza; entró donde estaban las damas, dejando no poco sospechosa á doña Laudomia, con lo que habia visto, de que queria bien á doña Isabel, y pesábale algo, porque le parecia bien don Alejandro, y no quisiera verle tan bien empleado. Así como el galan se vió en presencia de doña Isabel, muy risueño la dijo: Yo he tratado muy como á templo esta sala, y mas á vuestro rostro, que por no violar al uno ni osar atreverme al otro, no tomé la venganza que ordena el duelo entre los galanes y damas; y cuando aquí no volviera, fuera corrido de haber andado tan poco alentado donde me habian dado ocasion de vengarme tan en mi favor. A esto repuso doña Isabel: Como yo soy tan servidora de mi señora doña Laudomia, tomé muy por mi cuenta su desagravio haciéndoos aquel favor, bien ajena de que habia duelo que disponga venganzas tan en contra de las damas. No pudo sufrir doña Laudomia que ella fuese motivo de su disculpa cuando lo habian sido los celos de su rigor; y así, le dijo sacudidamente: Nunca pensé que la poca amistad que tenemos se extendia á poner os en riesgo de mi defensora, cuando no me faltara osadia para vengarme; mas como estaba ajena de celos y poco cargada de agravios, no llegó tan presto la prontitud mia como el enfado vuestro; yo me huelgo ser la enigma de vuestras interpretaciones; para con quien fuédes servida pasen, que para mí ya yo le tengo dada otra solucion bien fácil y que nadie la ignoraba. Queriala responder doña Isabel, sentida de su sacudimiento; mas la señora de la casa donde esto pasaba, porque no se encendiese mas fuego donde se iba encendiendo, lo atajó con hacer que se sentasen en el estrado, que ya iban entrando damas á la fiesta. Aquella noche estuvo muy sazoadado don Alejandro, no dejando pocas damas amarteladas de él, entre las cuales era una doña Laudomia, que desde aquel suceso propuso hacer lo posible por sacarle el galan de su dominio á la celosa doña Isabel, y así lo cumplió.

CAPITULO VIII.

Donde el pasajero da fin á la novela.

Todos los favores que gozaba don Alejandro de su dama eran hechos con finísima aficion, porque esta dama le queria con grande extremo, si bien fué el po-

nerla en el delito para un caballero ausente, que habia llegado con ella á mas apretados lances que don Alejandro, valiéndose poco esta dama del recato; de modo que el ausente habia sido favorecido con todo extremo, y habia bastantes causas para que esta dama sustentara aquella fe, sin prevaricar de ella, con descrédito suyo. Llegó este galán, llamado don Fernando Corrella, de Madrid, corte del monarca de las Españas, donde tenia un pleito pendiente con el conde de Centaina, tío suyo, sobre cierta hacienda cuantiosa, y veíase en el Consejo Supremo de Aragon. Llegó á Valencia con la última sentencia en su favor y señor de dos mil ducados de renta. Hallóse doña Isabel confusa en el modo de complacer á estos dos caballeros y con no poca duda en cómo se habia de portar con entrambos; hallábase prendada en el honor con don Fernando, y en el amor con don Alejandro, porque el primero habia perdido mucha parte con la ausencia, propio en las mujeres, no hacer caso sino de lo presente. Entre las dudas que se le ofrecían, consultadas con una criada suya, se resolvió en buscar modo cómo hablando con el uno no perder al otro; de noche daba entrada á don Fernando, dueño de su honor; y al que amaba entretenía con papeles amorosos, negando el dejarse ver como hasta allí, porque no embarazase la entrada al mas dichoso, dando á esto por excusa que sus deudos andaban con cuidado y vigilancia espíandole su calle; que el mayor servicio que le podia hacer era no pasar de día ni de noche por ella hasta asegurar esta sospecha. Don Alejandro, que amaba con todas veras y estaba ignorando el doblez con que le trataba su engañosa dama, creia cuanto decia, y obedecíala en todo.

Bien quisiera don Fernando cumplir con la obligacion que tenia á doña Isabel casándose con ella; mas por tener á su madre viva y ver que no gustaba de este empleo, le hacia dilatar el casamiento, esperando que seria corta su vida, por la mucha edad que tenia; y así pasaba con su dama gozando sus brazos, y don Alejandro padeciendo con el deseo, engañado con sus papeles.

En este tiempo sucedió sobre el juego de la pelota tener don Alejandro un disgusto con un caballero muy calificado de Valencia, quedando las dos partes no muy aseguradas en la amistad, de modo que se esperaba cada día algun mal suceso. Era muy bizarro don Alejandro, y con aquel ardimiento de Flándes le parecia que nadie le buscaria menos que con la espada llamándole á la campaña. La parte contraria no habia salido del disgusto muy descargada; y así, por entonces no mostró la ponzoña que ocultaba del deseo de vengarse de don Alejandro; y así, esperaba ocasion para hacerlo muy á su salvo, y buscábala con no poco cuidado y desvelo.

Habiase ausentado de Valencia don Fernando, y estuvo en un lugar suyo cuatro dias; en tanto doña Isabel, como queria bien á don Alejandro, avisóle que podia venir á verla á su casa de noche; pero que su vida fuese con mucho recato, de modo que no lo viese nadie, porque importaba mucho á su reputacion; hizo-

lo así el enamorado caballero, y guardándose de no venir á hora que diese nota alguna, se vió con su engañosa dama, que astutamente sabia guardar los aires á los dos galanes y aprovecharse de las ocasiones; de modo que sin saber el uno del otro su empleo, la servian; y la verdad es que si en su mano estuviera, doña Isabel escogiera por suyo á don Alejandro; mas como tenia don Fernando la mejor joya de su honor, era fuerza, por no quedarse burlada y sin honra, pasar con su empleo, hasta que su anciana madre muriese; y temiéndose de que podria faltar á esto, no desengañaba á don Alejandro, y así sustentaba los dos galanteos: suceso que pasa en nuestros siglos con muchas, por quien suceden no pocas desdichas.

Halló don Alejandro en su dama mas afabilidad que otras veces, mas agasajos y ternezas, con que se prometió verse mas del todo favorecido; mas engañóse su pensamiento, porque nunca le dejó pasar de lo lícito, temiéndose que con mas empeño se quisiese hacer señor de toda su voluntad, que entonces la tenia repartida. Aquellos dias que don Fernando estuvo ausente no lo pasó mal; mas volviendo á Valencia, doña Isabel volvió á su recato, dando nuevas excusas, que, como amaba don Alejandro, pudo creer, si bien no lo pasaba sin recelo, y en hábito disfrazado paseaba su calle hasta muy tarde; mas nunca halló á nadie en ella que le pudiese dar cuidado. Y este disfraz, que él aplicó para su seguridad, le valió para no ser conocido del caballero que le buscaba para ofenderle. La causa de no topar con don Fernando era que, como doña Isabel vivia con aquel cuidado, habia prevenido que don Fernando entrase en su casa por la de una amiga suya, y esta tenia puerta falsa á otra calle, que no sabia don Alejandro, y de un terrado á otro se paseaba hasta ser de día.

Sucedió pues que una noche que don Alejandro venia por la calle abajo de su dama, le comenzaron á seguir por ella su contrario con dos criados suyos, esto aun sin conocerle; quisieron asegurar mas si era él, por no emplear las bocas de fuego que traian en otro, errando el conocimiento, y así á lo largo le seguian. Habíalos conocido don Alejandro, y viéndose entonces sin armas de fuego para defenderse, porque solo estaba con su espada y broquel, el arbitrio que tomó fué hacer una seña conocida á la puerta de doña Isabel, en ocasion que ella habia bajado abajo, dejando en su aposento á don Fernando acostado; asomóse á una ventana para ver qué queria su segundo galán; y conociéndola, la dijo que le abriese luego, porque de no lo hacer corria peligro su vida, porque le venia siguiendo don Garceran, su contrario, y le hallaba desapercibido para su defensa; presumió la dama que don Alejandro le decia aquello solo porque le abriese, y así se rió de él, dándole á entender que lo tenia por ficcion, con que don Alejandro le aseguró con grandes juramentos haber conocido á don Garceran y venir con otros dos tras él. Aquí se halló atajada doña Isabel y no menos confusa; y la respuesta que le dió fué que una amiga suya habia venido á verla á prima noche, y que la

rogó se quedase allí, y que así no se atrevia á abrirle. Instaba en que lo hiciese don Alejandro, ponderando su peligro y acusándola de cuán poco le queria, pues en lance tan apretado le negaba entrada en su casa, que no lo hiciera el mas extraño. Volvió doña Isabel á decirle que por no dar nota en descrédito de su opinion lo hacia, que en cuanto á su amor bien sabia cuánto le tenia, y hacia al cielo testigo de que estaba con grandísima pena de no poder hacerle gusto. A esto replicó don Alejandro diciéndola que, pues su amiga estaba arriba en su aposento, que fácil le era darle entrada para que estuviese en el zaguan de su casa, sin salir de él hasta que pudiese hallar ocasion de irse. Parecióle á doña Isabel que apretaba mucho la dificultad, y que esto era con alguna sospecha de haber visto allí á don Fernando; y así, por asegurarse miró bien la calle y descubrió los bultos de los tres que estaban en acecho, por conocer bien á don Alejandro; comenzóle á creer con esto, y para ver qué disposicion habia para admitirle en su casa, le dijo que esperase un instante, veria si podria entrar. Con esto se subió arriba, y vió que don Fernando, desvelado de haberla visto bajar abajo, la preguntó que cómo no subia á acostarse. A que esta le satisfizo con decirle que hasta dejar á su tía quieta y las criadas de su casa, tuviese sufrimiento; dejóle y salióse á otra pieza afuera, donde se puso á discurrir lo que haria en un lance tan apretado. Por una parte veia tener á don Fernando en su casa, y que era hombre de hecho, y quien le tenia su honor á cargo, dándole esperanza de satisfacerle; en esto abogaba por el honor. Por otra parte el amor que á don Alejandro tenia la estimulaba para que no permitiese que le quitasen enemigos suyos la vida, que podia ser á no darle entrada; batallaban con la indecisa dama honor y amor, considerando en pro y en contra de sí lo que era obligada á hacer; y al cabo de varios discursos venció el honor, obligándola á no dar entrada á don Alejandro, considerando que de hacerlo se seguian dos daños contra su reputacion: el uno ser sentido de don Fernando y perderse, si le hallaba allí, sin remedio; y el otro, que si don Alejandro era sentido de su contrario, viéndole dar entrada en su casa, perdía mucho, y era tambien estorbo para su empleo. Parece que se ajustó á lo mas acertado; y así bajó á verse con don Alejandro, diciéndole: Señor mio, sabe amor que quisiera daros entrada, no solo en mi casa, pero en mi pecho otra vez, de quien sois dueño; siendo seguido, como decís, hallo por inconveniente el que os vean entrar á estas horas, cuando está tan asentada mi opinion por Valencia. Fuera de esto, la amiga que tengo por huésped está despierta, y mujeres somos curiosas, querrá examinar de mi tardanza con quién me he detenido, y aun averiguarlo con la vista, con la llaneza de mi amiga. Perdonadme que no os admita, asegurándoos que me deja lastimadísima veros ir puesto en tanto riesgo; mas excusando el que tiene mi fama, he querido no aventurarla tan conocidamente si os doy entrada. Mucho sintió don Alejandro este despego en su

dama, juzgando de su amor que no lo ejecutara, y mas en lance tan apretado. De haber visto el desengaño quedó tal, que cuando don Garceran le acometiera, no le pesara, por vengar en él el enojo que contra doña Isabel tenia, ó morir á sus manos; lo que la dijo al despedirse fué: No ereyera, cruel señora, que á ocasion como esta faltara vuestro amor y piedad; en haberme despedido conozco lo poco que de uno y otro teneis en mi favor; toda la opinion que perdiéades, ó por parte de vuestra amiga, ó por asechanzas de mi contrario, se soldaba con tenerme seguro en el empleo que pretendia con vos; esto no lo habeis mirado por particulares respetos, que convendrán con vuestra razon de estado; la mia siempre ha sido tener méritos para hacerlos dueño y esposa mia; no lo debe permitir el cielo, pues ataja obras de piedad en vos; voyla á buscar en las armas de mi contrario, con presupuesto de no olvidarme del ingrato proceder que conmigo habeis usado. Responderle queria doña Isabel, convencida con lo que le habia dicho, para aventurar todo cuanto importaba su opinion, y cuando le llamó no fué oída, que ya bajaba por la calle seguido de don Garceran, que le habia ya conocido y le iba á acometer.

Todo esto vió doña Isabel, estando con grandísimo pesar de verle en el peligro que estaba; mas sucedió mejor que se pensó, porque al llegar don Garceran á tiro de pistola, cerca de don Alejandro, él se habia encontrado con don Jaime, amigo suyo, que venia acompañado de un criado á acostarse; por esto no fué acometido, que como don Garceran habia hecho paces en público con su enemigo, estábale mal que sobre ellas le viesen acometerle, y mas con armas de fuego; y así, viendo que aquel lance se habia perdido, se volvió por no ser conocido de los dos, si bien don Alejandro dió cuenta á su amigo de haberle venido hasta allí siguiendo: cosa que le causó admiracion, que tan mal guardase su palabra don Garceran en cosa tan ligera, aunque para él le parecia pesada y juzgaba agravio. Era ya muy tarde, y así por esto como por asegurar una sospecha que don Alejandro tenia, quiso quedarse allí con don Jaime; él lo estimó mucho, y con esto entraron en su casa, y antes de acostarse discurrieron los dos en lo pasado, habiéndole dado parte don Alejandro de sus amores con doña Isabel. Tenia don Jaime algunas noticias del empleo antiguo de esta dama con don Fernando, y sintió mucho que su amigo hubiese puesto su aficion en ella, y mas para casamiento, y así lo dijo; con que don Alejandro se persuadió que la causa por que no fué admitido era por tener allá á su primer galán, discurriendo con esto el haberle vedado el hablarla de noche, y que esto era despues que él habia venido de Madrid; pues comunicado esto con don Jaime, vinieron los dos conformes en que don Fernando estaba en casa de esta dama, y para saberlo con certeza liaron en un criado de don Jaime el que lo examinase, quedándose en la calle hasta ser de día; y por dar en lo cierto el mismo don Jaime de lo que pasaba, pusieron de posta otro criado suyo en la otra calle, donde estaba la puerta